

## LOS SIGNOS DE CAÍN

José María Tamparillas

I

Los amaneceres en el pueblo son de un color apagado, gris: de una tonalidad traslúcida que no es capaz de ocultar la insulsa vida que las callejas supuran. Avanzado el otoño los pájaros enmudecen. Solo a veces se escucha el canto quedo, efímero, de un gorrión aterido. Es la época del silencio y de la pausa. Las tierras se dejan de trabajar. Se bastan ellas solas de momento. Es el latido del Maestrazgo eterno, un latido que, aunque algo apagado, es capaz de proteger con su abrazo fecundo a los brotes y las semillas que empiezan a surgir en la tierra que todos parecen querer olvidar.

El pueblo mira de soslayo a los montes lejanos que le quedan al este. Al oeste solo hay estepa, una estepa rabiosa, aguerrida, que pugna por recuperar los terrenos que la mano del hombre, las acequias, canales y sudor le han arrebatado. La carretera, una carretera comarcal, enredada en el terreno, lo atraviesa de lado a lado y luego sigue en dirección a ninguna parte, quizá con pocas ganas de llegar a la capital, quizá perdida en sí misma.

Han dado las siete en el reloj del ayuntamiento. Es un reloj viejo, uno de esos mecanismos enterrados en el tiempo, inmunes a él, testigo mudo de vidas y muertes, de idas y venidas, monocorde y obsesivo; es el testigo neutral que marca las pausas y los movimientos del pueblo. El sonido de la campana que tañe las horas se difumina en el aire gélido de la mañana, pierde parte de su sonoridad, como si la helada lo marchitara a él también. O quizá es su manera de mostrarse sorprendido ante el suceso que lo ha trastocado todo.

La roca.

...

Eran algunos los que entonces habían podido ver la gran piedra que se erguía en medio de la plaza. Bastantes, a decir verdad, casi todos. En el pueblo se madrugaba. No se entendía la vida de otra forma, daba igual que fuera verano o invierno; había sido siempre así, vivir para trabajar, sin

descanso, para extraer de una tierra dura el beneficio que permita seguir tirando para adelante.

Los primeros de entre los primeros habían tenido la oportunidad de abrir el camino, de generar las primeras reacciones, y así, en cierto modo, marcar el sentido del resto de comentarios. Escuchar sus expresiones, sus palabras, repetidas en boca de otros, les hacía henchirse con un remusguillo de orgullo.

—Es lo mismo que una columna grande y asimétrica —señaló la señora Luisa, sin saber muy bien qué era eso de asimétrica, una palabra que no entendía muy bien. Pero ella repetía con seguridad lo que el alcalde había dicho en un corrillo—, de unos dos o tres metros de alta... Dicen que el secretario y el alcalde han sido los primeros en verla.

—¿Y ya se sabe quién ha sido el que la ha puesto ahí, Luisa? —Preguntó Matías, el panadero, todavía apartando de sí las telarañas del sueño, y quizá por ello propenso al mal humor.

Era la segunda persona que le había venido con ese cuento de la piedra. Luisa no era persona dada a la fantasía, era simple, pero discreta. Así que podía ser que, después de todo, no fuera una tomadura de pelo; eso pensaba, sacudiéndose la harina del mandil que vestía

—Nacer no habrá nacido por generación espontánea, —al panadero, hombre algo leído, le gustaba usar palabras rebuscadas que sorprendieran a la clientela, así mantenía la fama de hombre instruido y con estudios hasta el bachiller.

—¡Ay, Matías!, no lo sé. Yo no sé si eso se habrá *generao* él solito o qué. — la Luisa exacerbaba los gestos, no era capaz de mantener las manos quietas, daba igual que fuera cargada de bolsas, estas bailaban de acá para allá, amenazando con desfondarse en cualquier momento. Era una mujer vivaracha, nerviosa, siempre vestida de negro, abrazada a ese perenne luto, nacido del suma y sigue de acontecimientos luctuosos.

—Nada se genera solo, Luisa, nada. O lo ponen ahí, o... —no supo bien cómo seguir. La mujeruca lo miró con cierto descreimiento.

—Pues ahí está. Vete a verlo.

La mujer cogió, pagó las dos cañadas que se llevaba, y se marchó con paso cansino hacia la plaza, haciendo malabarismos con las bolsas, a ver qué otras noticias podía escuchar antes de ir a casa a hacer la comida. En la salida se cruzó en la puerta con su primo, Luciano. Venía con un azadón al hombro, aún manchado de tierra.

—Qué hay Luisilla. Buenos días —le dijo este con cierta socarronería, tocándose con la punta de la mano la gorrilla manchada con salpicaduras de barro, apartándose de forma exagerada para dejarle paso franco.

—Adiós —respondió ella secamente, sin mirarle, con la cara cruzada por una frialdad inquietante.

Luciano entró en la panadería y dejó el azadón en un rincón. Olió, empapándose del peculiar aroma de la harina, el pan recién hecho y la leña de encina. Era un olor que le agradaba y le hacía sentirse en paz; un olor así le reconciliaba con la vida aunque solo fuera durante un breve instante. De pequeño corría cada mañana a buscar el pan, solo para disfrutar de los aromas a harina, a leña, a levadura.

—Hola, Matías. Buen día..., de los calurosos —Luciano se las tenía de tipo simpático y ocurrente, aunque todos lo consideraban un poco soso.

—Algo frío, algo frío. —El panadero andaba apilando una remesa de hogazas recién sacadas del horno. Las manos, llenas de sabañones, le dolían de lo lindo, así que no tenía ganas de chistes —. Vienes de regar por lo que veo.

—Sí, del Regato de Arriba. Allá tengo unos esquejes en una huerta. —El hombre sacó un cigarro de un paquete arrugado, y ofreció otro al panadero, mientras este se sacudía la harina de las manos. Luego le hizo un guiño cómplice y le ofreció lumbre:

—¿Todavía sigue enfadada mi parienta? Hoy al menos me ha dicho adiós, que ya es algo, aunque haya sido con dientes de perro, como quien da una limosna a la fuerza.

Matías se irguió. Cada día le dolían más los huesos. Como todo en la vida, el esfuerzo, el exceso de trabajo, el sueño, se iban acumulando poco a poco, amontonándose en las articulaciones y, lo que era peor, en el espíritu, desintegrándolo con pequeños mordiscos. Miró de hito en hito a Luciano; no era un hombre del que se fiara. Realmente, el panadero no se fiaba de casi nadie, pero ese hombre manchado de barro de arriba a bajo excitaba esa sensación desde siempre, ya desde que jugaban en la plaza de críos, no importaba esa aparente franqueza, su humor socarrón. No envidiaba a la Luisa.

—¿Aún seguís con vuestros pleitos de lindes? —dijo, escupiendo una pajuela que se le había metido en la boca. Sabía que el tema era sensible. Luciano y la otra llevaban años machacándose a conciencia en los juzgados, en la plaza, en la iglesia, o donde fuera oportuno, a causa de unos mojones supuestamente movidos.

Luciano asintió. Chasqueó la lengua, parecía que se lo tomaba a risa, pero no era así. Ya eran dos interminables años de pleitos. Todo por unos terrenos familiares: un maldito manojito de tojos estériles que hacía de lindero, no se sabía si a favor o en contra de cualquiera de ellos.

Luciano se puso a trastear en un montón de hogazas, buscando una poco cocida que llevarse a casa. El panadero le caía mal. Era un estirado, buen tipo, pero aburrido y sota como él solo. Quizá, eso pensaba, era uno de esos que se ven mejores que los demás, pero se lo callan y disfrutan de esa visión de sí mismos en silencio, alimentando su desdén sin remedio.

—¿Oye, Luciano, ¿tú te has enterado de algo raro hoy? —preguntó de repente Matías, acordándose de los comentarios que había escuchado de labios de sus anteriores clientes.

Luciano entrecerró los ojos. Era un hombre no muy alto, flaco, como casi todos los hombres del pueblo, con la piel dura y curtida por la intemperie.

—¿Pasa algo?

—No sé, algunos que van diciendo que si en la plaza del pueblo hay una especie de piedra, pedrusco o no sé qué; una escultura de esas que ha aparecido de la noche a la mañana.

Lo de la escultura se le había ocurrido a él solito, una vez había estado en la Capital, un sitio demasiado grande, donde todo el mundo andaba aprisa, y allí había visto un par de monumentos, de esos, esparcidos en unos parques llenos de maleza y de zagales maleducados

—¿Una piedra?

—Eso van diciendo.

Matías tosió. El humo del cigarro era fuerte, denso. Luciano tenía malos vicios, o al menos de poco gusto, la picadura le requemaba la garganta, pero se había acostumbrado a su paladar rasposo.

—Sé tanto como tú. Yo diría que menos, que no tengo ni pajolera idea, vaya. Ahora iré a ver —terminó por decir, tocado en el amor propio—. Anda, dame un par de barras de pan. Que le dije a la mujer que hoy me pasaría yo por ellas después de regar, y estas hogazas están muy hechas.

Matías ocultó una media sonrisa. Se frotó sus grandes manos, queriendo entrar en calor. La harina y el hollín del horno caían mezclados de ellas como improvisados copos cenicientos. Se sacó la colilla de la boca. Había en sus facciones algo de faunesco, un sutil regocijo cruel.

—Se me hacía ya raro; tu Isabel suele venir temprano —apuntó con bastante mala intención. Apuntó el tiro alto, pero tan certero como para que el pájaro se asustase.

—Nada —Luciano bajó la mirada algo apurado, casi se diría que avergonzado, sin saber qué hacer con sus manos callosas—, que esta noche anduvo todo el rato limpiando la casa de arriba a abajo. Ya sabes, estas mujeres cuando se emperran con algo lo mejor es dejarlas a su santo, no meterse en medio, si no uno sale mal parado; no paran, no... aunque luego terminen arguelladas y con la espalda torcida del dolor... Que si los riñones, que si mis huesos. Unas flojas, ya ves.

Hablaba deprisa, más aprisa de lo normal en él, como si quisiera pasar el trámite lo antes posible de una forma creíble.

*Bien molidos a palos se los habrás dejado tú, cabrón.* Pensó el panadero. Era cosa sabida, pero callada, que Luciano apaleaba noche sí, noche no a su mujer. No es que Matías estuviera en contra de calentarle a la parienta el panadero cuando le faltara el respeto a uno, pero la Isabel era mujer callada, humilde y trabajadora, no una gallina clueca resabiada. *La de anoche debió de*